

La Puerta de Meruer

José Alfredo González Celdrán

&

Juan Francisco Jordán Montés

CONTEXTO HISTÓRICO

En torno al 1650 a.C. un fuerte contingente de población semita entró por el este y ocupó el norte de Egipto. Los extranjeros sustituyeron en el poder al último rey de la dinastía XII y establecieron su capital en la ciudad de Avaris. Desde ese momento, los reyes tebanos de la dinastía XIII comenzaron desde el sur lo que podríamos denominar un movimiento de reconquista para reunificar el estado egipcio. Por entonces el antiguo credo, la adoración del Sol, había ya decaído bajo la figura de Ra* y quien imponía su ley entre las divinidades era, como cabía esperar, el dios de los tebanos, Amón*, quien era también dios principal de la Ogdoada*, o grupo de ocho dioses creadores, y que emigró a Uaset (Tebas) desde Khemnu* (Hermópolis) para ir *solarizándose* poco a poco, hasta acumular en su persona las cualidades del propio Ra y asimilar al suyo el nombre de este último. Amón-Ra continuó siendo el dios oficial del imperio cuando el faraón Ahmosis (1552-1527 a.C.), iniciador de la dinastía XVIII expulsó a los hicsos*, unificó el país y convirtió a Uaset* (Tebas) en su capital. Pero con los últimos reyes de dicha dinastía se inició un movimiento que iba a cambiar drásticamente las cosas desde el mismo interior de Palacio.

Amenhotep III* se convirtió en rey bajo la fe de Amón-Ra, como atestigua su propio nombre, "grato a Amón". Las glorias del ejército egipcio y sus victorias en todas las fronteras llegaban a todos los pueblos y sólo los hititas, en el norte, suponían un peligro a considerar para la tierra del Nilo. Con una burocracia y una red administrativa sólida y altamente efectiva, los asuntos internos y la prosperidad del país eran un hecho incuestionable, y tanto el faraón como sus propios súbditos podían mirar hacia el futuro con confianza. Pero este enriquecimiento general no dejó de lado a los sacerdotes de Amón, que, atribuidos de la potestad de sancionar a la realeza y regir los destinos espirituales del imperio, se habían convertido

en una suerte de segundo gobierno gracias a las donaciones continuas e inmoderadas que todos los reyes, desde Ahmosis, habían hecho a sus templos, sobre todo el de Karnak, próximo a Uaset, en la forma tanto de dinero, como de exenciones de impuestos y posesión y explotación de un número cada vez mayor de tierras, con cuyos productos comerciaban y a cuyos trabajadores trataban como auténticos señores feudales que no debían responder de sus actos ante su rey.

La corrupción se convirtió en moneda común y Amenhotep III procuró, con habilidad y diplomacia, poner un freno a las donaciones que, poco a poco, habían inflado las arcas de los sacerdotes amonitas. Además, Amenhotep se había convertido en seguidor de la antigua fe solar y adoraba a Ra, aunque guardaba las formas con el dios oficial del imperio. Su reinado se caracterizó, entre otras cosas, por un sutil enfrentamiento entre la aristocracia religiosa y sus creencias personales, si bien a su muerte fueron los amonitas, encabezados por el sumo sacerdote Ptahmosis, quienes oficiaron los funerales y rindieron los últimos tributos al faraón.

Por entonces, y no se sabe bien cómo, la forma particular en que se adoraba a Ra en su ciudad natal, Iunu* (Heliópolis), había adoptado la forma del disco solar cuando brillaba en el cielo a mediodía, que en la lengua egipcia recibía el nombre de *Atón**. El modo en que esto ocurrió se desconoce. Pudo deberse a un desarrollo más o menos natural de la teología de esta ciudad, y del que no tenemos constancia documental, o quizás algún tipo de experiencia mística asociada a dicha teología¹, o incluso a motivos políticos. No es posible saber la causa, pero lo cierto es que la nueva imagen del sol, tal como se extendía desde Iunu (Heliópolis), lo asociaba con un nuevo nombre que parecía una variante del nombre de otro dios mucho más antiguo, Atum*, el sol del atardecer, a quien, como a otros, se consideraba uno de los creadores del mundo.

1 Mika Waltari, en el capítulo 3 (o *Libro Tercero*, como él lo llama) de su novela *Sinuhé el Egipcio*, escenifica una visión divina del sol protagonizada por Amenhotep IV (Akhenatón), debida a un ataque de epilepsia durante la contemplación de un amanecer en el desierto.

A la muerte de Amenhotep III, su hijo, Amenhotep IV* fue nombrado rey. Tras un breve periodo en el que, debido a la juventud del nuevo faraón, su madre Tiye* lo sustituyó como regente, el joven Amenhotep subió al trono con dieciocho años tras haber sido educado en la fe del nuevo-viejo dios. El cuarto Amenhotep habló a su corte desde la sala de audiencia en su primer día de reinado como un representante de Atón, ya no de Amón, con lo cual cumplía de manera drástica el objetivo que su padre había perseguido durante toda su vida. El nuevo faraón rechazaba abiertamente a Amón-Ra y, para ofensa de una gran mayoría de sacerdotes y seglares, prohibía la adoración y el culto a otro dios que no fuera Atón, a quien consideraba el único verdadero, garante de la justicia y creador del universo entero. Aún más, el cuarto Amenhotep, es decir, el cuarto "Grato a Amón", consideró que el nombre que se le había impuesto por nacimiento era una ignominia, y decidió rebautizarse como Akhenatón*, "El Siervo de Atón", rehusando ser coronado, como era habitual, en el templo de Karnak. Uaset (Tebas) tampoco le pareció un buen lugar para establecer su corte y decidió construir una ciudad a medio camino entre Mennefer (Menfis) y Uaset, a la que llamó Akhetatón*, "El Horizonte de Atón", diseñada como un oasis arquitectónico en medio del desierto. Allí sería coronado y desde allí regiría los destinos del país.

Afectado por la resistencia enconada de los amonitas, Amenhotep ordenó el cierre de todos los templos de todos los dioses y ordenó la expropiación de los bienes acumulados en Karnak por los sacerdotes de Amón. Promulgó entonces sus ideales de paz universal, de amor fraterno entre los hombres y de adoración exclusiva del disco solar, llevando su particular filosofía hasta límites extremos.

Pero, mientras Akhenatón hacía un proselitismo oficial y autoritario en beneficio de la hermandad universal, que se reflejaba, por ejemplo, en la sustitución del arte colosal por manifestaciones mucho más intimistas y sensibles, los pueblos que se extendían más allá de las fronteras aprovecharon la ocasión, unos para intentar desligarse de Egipto, otros para

recuperar o conquistarle territorios, y otros, sencillamente, para sacar provecho de la debilidad de un país gobernado por un rey que parecía hacer caso omiso de sus ejércitos.

Akhenatón fue casi un mesías, alguien que procuró un cambio espiritual para su pueblo y que abogó por la no violencia mucho antes de que dicha expresión fuera acuñada en nuestro siglo. Pero fue un mal estadista. Bajo su mandato los hititas se hicieron fuertes y llegaron a exigir y recibir tributos de los egipcios; los antiguos aliados del imperio se buscaron nuevas alianzas y el temor que inspiraban las tropas egipcias en los países limítrofes apenas era sostenido a título individual por generales como Horemheb*, que, a pesar de mantenerse fieles en un primer tiempo a los ideales de su señor, mantenían el prestigio del brazo fuerte de los egipcios allá donde estallaban los conflictos.

Sin embargo, el reinado de Akhenatón, efímero como todo lo bueno, era también un tiempo de cambio. Y nuestra historia cobra sentido en este tiempo de cambio.

1

Ra

El sol despuntaba sobre el horizonte oriental cuando Menes llegó al templo de Ra^{2*} en Iunu^{3*}, en la orilla derecha de Hapi⁴. Su gran obelisco relumbraba en tonos anaranjados y sobresalía en la llanura que comenzaba a despertar al día. En la entrada al santuario, un sacerdote le permitió el acceso al pasillo cubierto que conducía hasta el gran recinto abierto, orientado a los cuatro puntos cardinales, y flanqueado a ambos lados en su primer tercio por sendas columnatas. Allí otro sacerdote lo condujo hasta la base del obelisco, donde una puerta daba acceso al vientre oscuro y prohibido del complejo. Allí, el sumo sacerdote Pawah* practicaba los ritos necesarios para alabar al sol y regocijarse por su tránsito victorioso a través del mundo cavernoso de los muertos. Cada noche, el astro se sumergía en el horizonte occidental para enfrentarse a mil y un peligros, como la serpiente Apep^{5*}, que siempre se afanaba por devorarlo. Por suerte, el poder del dios era grande, y cada mañana reaparecía henchido de gloria por oriente.

La ceremonia, con sus abluciones, ofrendas y recitado de textos sagrados, había dado comienzo con la entrada de los primeros rayos de sol por la puerta de la base del obelisco situado en el extremo oeste, y que iluminaban fugazmente su interior para dar a luz al nuevo día, del mismo modo que un recién nacido ve la luz a través del cuerpo de su madre antes de asomar su rostro al mundo.

Menes aguardó fuera. El hombre que lo había conducido hasta allí, entró y le pidió que aguardara hasta su regreso.

2 Dios del sol.

3 Heliópolis, cerca de El Cairo.

4 Nombre egipcio del río Nilo y del dios que lo representaba.

5 Apofis, serpiente infernal.

Debía anunciar a Pawah la llegada de su discípulo predilecto, pero no podría hacerlo hasta que el rito, sin cuyo correcto cumplimiento peligraba el orden del mundo, hubiera sido realizado conforme estaba ordenado. Sólo entonces podría anunciar al sumo sacerdote que Menes esperaba para hablar con él. A sus espaldas, tras el templo, y tras él mismo, el gran río de Egipto se llenaba de ruido, de voces, de barcas y de vida. Sus aguas fluían sin cesar hacia las tierras siempre verdes del Delta, hacia el norte, y allí se entremezclaban con las aguas del mar que los egipcios llamaban el *Gran Verde*⁶, del que sabían que estaba salpicado de islas y de gentes dadas a la navegación. El faraón se había hecho años atrás con el control de Alashiya^{7*}, al noroeste, pero Menes sabía, por los relatos de los marinos, que hacia el este había muchas otras islas, y que había tierra firme más allá de estas islas, una tierra grande y llena de misterios. Él sabía que la de Egipto era la nación más rica y poderosa de todas, pero aquí, en Iunu, donde se guardaban los registros de toda la historia conocida, había aprendido que los pueblos del mundo eran tantos, que cualquier de ellos podría depararle una sorpresa.

— Pawah saldrá en seguida a recibirte —le dijo con voz delicada el sacerdote, volviendo desde la penumbra—. Me ha dicho que le esperes aquí.

El sacerdote se despidió de Menes con una inclinación de cabeza y una sonrisa amable. Vestía una túnica blanca, y llevaba la cabeza completamente rapada, como era preceptivo en el cargo de sacerdote *wab*^{8*}. Menes aspiraba al sacerdocio, pero no en el rango inferior de *wab*, sino en el de *sem*^{*}, cuya función era dirigir los ritos funerarios y recitar los textos que debían pronunciarse para el viaje a la Duat^{9*}; o en el rango de *heryheb*^{*}, el sacerdote lector, que redactaba los textos sagrados y se ocupaba del poder divino, de *heka*^{*}, de la magia cuyo conocimiento permitía a los hombres tener trato con los dioses.

6 El Mar Mediterráneo.

7 Chipre.

8 Sacerdote que manipulaba los objetos de culto.

9 Nombre que se daba al reino de los muertos.

A estos últimos se los consideraba los más puros, pero todos eran puros en realidad, y todos demostraban su pureza depilándose diariamente todo el vello del cuerpo. Aún no sabía por qué Pawah no le había permitido tener el aspecto de un sacerdote, salvo por la túnica blanca, pero no le importaba, pues tenía por cierto que algún día alcanzaría su propósito de convertirse en un alto sacerdote. Menes correspondió al saludo con otra inclinación y, justo cuando el hombre se retiraba, vio aparecer tras él la figura de Pawah, luciendo una piel de leopardo cruzada sobre el pecho.

— Por fin has regresado —le dijo Pawah, extendiendo los brazos para sujetarlo por los hombros—. Me alegro de volver a verte.

— Y yo de volver a verte a ti maestro.

— Cuando tu padre te puso a mi cuidado, hace ya... ¿cuánto tiempo?

— Veinte años —respondió Menes.

— Vaya... —Pawah, inclinó la cabeza—. ¿Tanto? La verdad es que eras un niño muy pequeño. Yo no conocía a Bakari, tu padre. Recuerdo que trabajaba como cantero, aunque también cuidaba un rebaño de cabras. Él me lo dijo y ya sabes que yo tengo muy buena memoria. Y sé que estaba orgulloso de ambas cosas, pero quería para su hijo un futuro cómodo, y por eso vino a mí, como tantos otros, para conseguir que te aceptaran en la *Casa de la Vida* y aprendieras el oficio de escriba. Su deseo era que no trabajaras con martillos y cinceles, sino con papiro, tinta y pluma.

Pawah sonrió, comprensivo. Menes hizo lo mismo, sabedor de que su maestro decía la verdad.

— Mi padre era un buen hombre —dijo, recordando las manos encallecidas y polvorientas de Bakari al llegar a casa cada día, después de trabajar al sol, o el fuerte olor del ganado cuando pasaba muchas horas con él.

— Nunca dudes que fue así —admitió Pawah—. Lo vi entrar con una humildad que recuerdo en muy pocas personas.

Supuse que era tan ignorante como cualquier otro hombre de la calle, pero al hablar con él me percaté de que era un hombre inteligente que no tuvo la posibilidad de estudiar, y que amaba tanto a su hijo, que deseaba que él sí la tuviera. Apenas levantabas un palmo del suelo, pero en tus ojos creí ver que serías tan inteligente como tu padre. Y no me equivoqué.

Menes se sintió abrumado por el cumplido.

— Gracias, maestro... —balbució, ruborizándose.

— En fin... —prosiguió Pawah—. Uno nunca sabe si no se encontrará alguna vez con otro Imhotep^{10*} —Menes desvió los ojos al suelo, halagado—. Has estado en Akhetatón*. ¿Me traes buenas noticias de la nueva capital del reino?

— Lo único que puedo traerte de Akhetatón son buenas noticias, maestro —respondió Menes, a quien de repente se le iluminaron los ojos—. Nuestro rey se ha mostrado valiente al construir al sur una ciudad que es toda ella un santuario, repleta de espacios abiertos con altares para mostrar devoción al dios en todos los rincones, y ha levantado dos templos y palacios muy hermosos. A los sacerdotes de Amón* no les hizo mucha gracia que cambiara Uaset^{11*} por Akhetatón como capital, pero Akhenatón* supo enfrentarse a ellos.

— Y despreciarlos —apuntó Pawah.

— Sí... No... Bueno, en cierto modo sí, pero permíteme decir que el sumo sacerdote Maya se venía comportando como si él fuera el faraón, lo mismo que sus antecesores. El padre de nuestro señor Akhenatón*, el tercer Amenhotep*, ya había intentado controlar el poder de los amonitas, lo mismo que su padre y su abuelo. El templo de Karnak casi parecía un palacio.

— Lo sé...

— Por eso digo que Akhenatón ha sido muy valiente al retar la autoridad de Maya y edificar una nueva capital que es un verdadero milagro en medio de la arena.

10 Sabio egipcio, constructor de la Pirámide Escalonada del faraón Djoser (o Zóser, 2665-2645 a. C.)

11 Tebas, actual Luxor.

Pawah lo invitó a caminar despacio hacia sus aposentos.

— Pero un milagro bañado por nuestro río Hapi —dijo, casi en un susurro.

— Sí, por supuesto, como lo es en todas nuestras ciudades. ¿A qué te refieres?

Pawah sonrió.

— A que no es posible hacer que una ciudad prospere sin agua —respondió.

— Sí... —admitió Menes, confundido—, pero ha sido la voluntad de Akhenatón la que ha obrado el prodigio. ¿No... no te parece bien?

Llegaron a la columnata sur. Allí Pawah abrió una puerta y cedió el paso a Menes.

— Deberías pasar tú primero, maestro —señaló Menes.

— Déjate de formalidades. Estamos en casa. Estás en tu casa. Recuerda siempre que no sólo te introduje en la Casa de la Vida. Para mí siempre has sido el hijo que nunca tuve, de modo que, hijo mío, obedece a tu padre y pasa, para que podamos tomar un vaso de vino de Alashiya^{12*} que me han traído hace poco. Muy bueno, por cierto, diría que incluso mejor que los que se hacen en las tierras del Delta.

Menes obedeció a Pawah y entró en su cubículo. Allí tomó asiento en una esterilla, y apoyó la espalda contra la pared.

— Nunca has sido amante de los lujos —comentó Menes, mientras Pawah cogía el recipiente con el vino y ponía dos vasos de barro en el suelo, uno para cada uno.

— Eso se lo dejo a Maya y los suyos —bromeó, y sirvió aquel vino rojo y oloroso, y un poco más dulce que los de Egipto—. Bébelo. Verás que su sabor es excelente.

Ambos tomaron un sorbo largo. Por la ventana les llegaba el rumor confuso del trabajo de los hombres en las orillas del río, y una agradable brisa con aromas de arcilla y humedad.

12 Chipre.

— ¿Sabes, maestro? —preguntó Menes, dejando el vaso junto a su rodilla—. Aún no sé por qué me enviaste a Akhetatón.

— Ya te lo he dicho —respondió Pawah—. Para que me informaras. No he tenido ocasión todavía de visitarla, y quería referencias de primera mano.

— Y ¿por qué no has tenido ocasión? Iunu dista menos de doscientas millas de Akhetatón, y el viaje puede hacerse por barca en dos días. ¿Nunca has sentido curiosidad por ver lo que ha hecho el rey?

Pawah se sirvió un poco más de vino.

— Conozco al rey desde antes que se cambiara su nombre Amenhotep, como el de su padre, por el de Akhenatón, y sé de lo que es capaz. Se formó aquí, en Iunu —bebió un sorbo—. Puedo decirte que fue alumno mío.

Menes se sorprendió.

— ¿Alumno tuyo? ¿El divino Akhenatón?

— Ése mismo. No le supuso ningún esfuerzo aprender los escritos sagrados. Parecía destinado al sacerdocio, pero el tercer Amenhotep lo eligió para sucederle en lugar de a su hermano Thutmosis*, que era mayor, aunque hijo de una reina secundaria. La poderosa Gran Reina Tiyi* impuso a su vástago.

— Pero fue conforme a la ley sagrada de la sucesión...

— Sin duda lo fue. Pero su destino más apropiado hubiera sido sucederme.

Menes tuvo el impulso de servirse también más vino, pero se contuvo.

— Maestro, estoy confundido —dijo—. Siento como si te doliera de algún modo que él sea nuestro rey.

Pawah lo miró con una sonrisa que a Menes le pareció triste.

— No es que me duela. O sí, quién sabe... Lo cierto es que nuestro rey piensa mucho en las cosas de Ra, aunque él prefiera adorarlo en su manifestación de Atón*, como disco solar. Pero

las cosas de los hombres no las rigen los dioses, sino los hombres mismos, y Akhenatón parece haberse desentendido de ellas. Sólo piensa en adorar a Atón. Lo que ha construido no es una nueva capital de Egipto, sino un hogar para Atón en la tierra.

Menes se sirvió finalmente el vino.

— ¿Por qué piensas que eso es malo? —preguntó, después de un trago.

Pawah entornó los ojos.

— ¿Nunca dejarás de ser tan avisgado? —preguntó a su vez—. Pienso que Akhenatón es Heru^{13*} viviente, que es la encarnación del dios sol, pero también pienso que nuestros enemigos parecen no saberlo. Nuestras fronteras están siendo atacadas desde diversos frentes que atisban la debilidad de nuestro gobierno centrado en la mística, porque la mística eleva el espíritu, pero no nos defiende de quienes nos atacan con flechas, lanzas y espadas. El tercer Amenhotep nos proporcionó un reinado de paz sin guerras porque era fuerte, y los enemigos le temían, no a Amón, ni a Ra, sino a él y a su ejército. Pero ahora nadie parece temer a Akhenatón fuera de Egipto. Y eso es peligroso, porque podemos enfrentarnos en cualquier momento a una invasión como la de los hicsos^{14*}.

Menes estuvo callado más de lo que solía cuando se encontraba en la compañía de su maestro. Hacía girar el vaso en el suelo, pensativo, y parte del vino cayó en la esterilla.

— Lo siento... —se disculpó.

— No te preocupes. Supongo que la esterilla también tendrá sed —bromeó Pawah—. En fin, que, por lo visto, Akhetatón es una verdadera maravilla...

— De verdad que lo es, y creo que deberías ir allí y comprobarlo con tus propios ojos. Aquí aprendí, tú me lo

13 Heru es el dios halcón, hijo de Ra, y su Ojo es el sol. Otras transcripciones del nombre son *Hor* o *Har*, pero se le conoce más por la versión latinizada *Horus*.

14 Pueblo de oriente medio.

enseñaste, que Ra es el dios más antiguo de nuestros dioses. Egipto es el sol que baña sus tierras, y nos debemos a él, y debemos aspirar a que su luz nos bañe, no sólo físicamente, sino espiritualmente. Los dioses que sustituyeron a Ra como dios real no eran más que dioses advenedizos, tú me lo decías, y debíamos confiar en restaurar el imperio de la luz sobre todos nosotros. Pues déjame decirte, maestro, que creo que eso es lo que el divino Akhenatón ha conseguido. Ha domeñado el poder de Amón y sus sacerdotes, ha impuesto a Ra en la forma de Atón, y ha traído la luz y la felicidad al mundo. Odia las guerras tanto como su padre, y confía en la palabra, no en las armas, para mantener la paz entre los hombres.

— La luz... —repitió Pawah, dejando que las palabras resbalaran de sus labios como cera derretida—. Mi antiguo discípulo ha traído la luz, dices, y es verdad, la ha traído, la misma luz que él vio un día en el desierto.

En el rostro de Menes se dibujó un rictus de extrañeza.

— ¿En el desierto? —preguntó a su maestro—. ¿Qué luz fue esa?

Pawah se sirvió vino de Alashiya por tercera vez.

— La luz del sol —respondió.

— La del dios, quieres decir...

— Sí, Menes, la del dios, pero precisamente la de Atón, la del disco que brilla en lo alto y que nos da vida, pero también nos abrasa —Pawah hizo una pausa intencionadamente prolongada, escrutó la mirada de Menes y prosiguió—. Akhenatón salió temprano con una escolta para adorar a Atón, o a Ra, no puedo recordar ahora qué advocación prefería entonces, y decidió hacerlo donde la grandeza de la divinidad era más patente.

— El desierto... —dedujo Menes.

— El desierto —confirmó Pawah—. Quería aproximarse lo más posible a las montañas orientales, creo que, por su interés en la representación jeroglífica del horizonte, el *akhet*, que muestra al sol naciendo entre dos montañas. Parece ser que no

llegó más que a separarse de Uaset más de quince o veinte millas, pero no necesitaba más. Debió salir antes del amanecer, ya que era el amanecer lo que pretendía adorar y reverenciar. Yo se lo recomendé, pero no me hizo caso. Llegó a esas quince o veinte millas cuando el sol estaba ya en lo más alto de su ruta celeste, y se detuvo para contemplarlo —Pawah—advirtió el interés en los ojos de Menes—. No sé qué fue lo que vio allí, si es que te lo estás preguntando...

— Me lo estoy preguntando, maestro.

— Lo daba por hecho —Pawah tocó la rodilla de Menes—. Te conozco bien. Insisto en que no sé lo que vio allí, pero sí sé que regresó con el rostro quemado, no de gravedad, pero sí muy enrojecido. Se dolía cuando le tocaban la piel. Pero lo más sorprendente fue que, durante varias horas, su mirada estuvo perdida, como si viera a través de las cosas, o estuviera admirando algo más allá de este mundo, algo que sólo él pudiera contemplar.

— ¡Una visión de la gloria de Ra! —exclamó Menes, lleno de entusiasmo.

Pawah sorbió vino por última vez, y dejó el vaso entre ambos.

— Sí, una visión de Ra —dijo—. O una insolación.

— ¡Maestro! —se escandalizó Menes.

— No seas tan impresionable —lo reprendió amablemente Pawah—. En Iunu no enseñamos a nuestros sacerdotes a mirar a Ra a los ojos. Eso puede que inflame el espíritu, pero puede provocar ceguera y locura. En Iunu estudiamos las escrituras, aprendemos los relatos sagrados, y los nombres ocultos e impronunciables del dios, los que encierran su poder. Pero no salimos a darnos un baño en el desierto. Demasiada luz, discípulo mío, demasiada luz...

— Pero... —Menes parecía aturdido.

— Piensa un poco —le pidió Pawah—. Cuando sales al exterior y el sol te baña, ¿qué ves detrás de ti?

— ¿Detrás de mí?

— Sí. En el suelo. Dime, ¿qué es lo que ves en el suelo, extendiéndose hacia atrás?

Menes creyó que su maestro le estaba planteando un enigma, de modo que tardó un poco en dar la respuesta más obvia.

— Pues... —respondió—, veo mi sombra.

— Y tu sombra ¿es luminosa u oscura?

Menes torció un poco el gesto. No entendía el rumbo de las preguntas.

— Es oscura —respondió de nuevo.

— Así es —aceptó Pawah—. Tu sombra es oscura. Las sombras son siempre oscuras. Pero, dime, hijo mío, ¿qué es lo que las provoca?

Menes apoyó las manos sobre sus muslos. El rumbo de las preguntas empezaba a estar claro para él.

— La luz del sol —respondió por tercera vez.

— La luz del sol —repitió Pawah, como si en realidad hubiera respondido él—. Y eso es algo que debes tener siempre presente, Menes. No hay luz sin sombras, ni sombras sin luz. Akhenatón ha traído la luz a nuestro pueblo, cierto, pero debes tener por cierto que, frente a esa luz, y detrás de ti, se extiende una sombra que todavía no puedes adivinar, pero que está ahí, acompañándote donde quiera que vayas, y acompañándonos a todos desde el principio y hasta el final de los tiempos.

Menes se puso en pie y caminó por la estancia, confundido.

— ¿Me estás diciendo que nuestro divino rey guarda en su interior una sombra? —en este punto, miró fijamente a Pawah a los ojos—. ¿Una sombra de maldad?

— No, en realidad —respondió el sumo sacerdote—. Lo que te estoy diciendo es que las cosas no son tan evidentes como tú, en tu adorable inocencia, sueles creer. Egipto no ha cambiado porque Akhenatón lo haya decidido, y él mismo no puede evitar sus propias zonas oscuras, que se deben a su ciega búsqueda de la luz. Ya sé que parece un contrasentido, pero no existe la santidad pura. Sólo la santidad humana, que nunca es

santidad del todo —Pawah se puso en pie, se aproximó a una estantería, junto a la puerta, cogió de ella un saquito de esparto que guardaba dentro de una caja de mimbre, y regresó junto a Menes—. Aquella búsqueda del sol en el horizonte, en el *akhet*, fue el germen de su idea de una ciudad que representara el horizonte de Atón, el nacimiento del dios sobre las montañas de oriente. Y aquella experiencia, consistiera en lo que consistiera, fue la que también dio nombre a la nueva ciudad de *Akhetatón*, el Horizonte de Atón —Pawah entregó el saquito a Menes—. Antes te he dicho que en Iunu estudiamos los textos sagrados y las historias de los dioses. No es raro, teniendo en cuenta que nuestros archivos son el almacén de la historia de nuestra nación. Pero también hacemos otra cosa. Mira lo hay dentro.

Menes abrió el saquito. De él emergió un olor dulce y terroso. Lo volcó sobre su mano y cayeron sobre ella varias cositas de color marrón rojizo que pesaban muy poco. Menes las estudió, sin saber qué eran.

— Nuestro modo de ver al dios —continuó Pawah—, o de acercarnos a su misterio, no es padecer una insolación, pupilo mío. No somos tan idiotas. Lo que nosotros hacemos es comernos a Ra, comer su carne por medio del alimento divino que nos regaló y que todavía crece en las tierras de Etiopía. Esas cosas que tienes en la mano son trocitos de *tataat**, un fruto con el cual fabricamos en Iunu nuestra cerveza, una cerveza de sueños gracias a la cual podemos asomar nuestra nariz al mundo de los dioses y sentirnos inmortales, aunque no lo seamos. Fue lo que nuestro rey tomó aquella mañana en el desierto, cuando tuvo la visión —Pawah sonrió cuando el gesto de Menes traslució haber comprendido—. Llévate el *tataat*. Puede que en algún momento te haga falta.

— Maestro... Yo...

— Tú quieres alcanzar lo antes posible el grado de *sem* o el de *heryheb* —declaró el sumo sacerdote; Menes asintió con la cabeza, un poco avergonzado, como un niño al que pillan cometiendo una falta—. No te turbes. Y no seas modesto. La dignidad será tuya —Pawah se puso en pie; Menes hizo lo

mismo—. Te la mereces más que ningún otro. Pero antes quiero que hagas algo.

— Lo que me pidas, maestro.

— No te supondrá un gran esfuerzo, y además conocerás el país, porque quiero que viajes al sur. Quiero que llegues hasta Abu* por el brazo principal de Hapi y que, una vez allí, regreses por el brazo secundario, que se abre hacia occidente.

— Y... ¿qué debo hacer? —preguntó Menes, que no podía adivinar el propósito del viaje.

— Estamos en otoño —respondió Pawah—. Hasta Abu habrá llegado desde los confines de Etiopía una remesa de *tataat*, y quiero que la supervises y organices su envío a Iunu en un barco. Pero también quiero que regreses en ese mismo barco, sano y salvo —añadió Pawah, para sorpresa de Menes—, y que desembarques en Sauty^{15*}. Allí verás que, un poco más arriba, el río se bifurca. Pues bien, tomarás el brazo que veas a tu izquierda, y harás parada y visitarás las ciudades de Khemnu^{16*} y Nen-Nesu*, y finalmente llegarás hasta Shedet^{17*}, a orillas del lago Meruer^{18*}, en Phiom^{19*}, al sureste del Delta, y quiero que pases la noche en cada uno de esos lugares.

— ¿Por... —balbució Menes— por alguna razón en especial?

— Sí —respondió Pawah, conduciendo a Menes hasta la puerta—. Por una muy especial. Quiero que aprendas algo sobre la luz y las sombras de Egipto, pero no te diré qué. Tendrás que descubrirlo tú, y me harás partícipe de tu descubrimiento. Entonces, sólo entonces, te concederé el grado de *wab*.

— No entiendo...

— Eso es porque no tienes nada que entender, hijo. Tú sólo cumple lo que encomiendo, y no hagas nada. Lo que haya de

15 La actual Asiut, a unos 350 km. al sur de El Cairo.

16 La *Hermópolis Magna* griega, a unos 260 km. al sur de El Cairo.

17 La *Cocodrilópolis* griega.

18 La *Herakleópolis Magna* de los griegos.

19 El-Fayúm, en el norte de Egipto.

ser, será por sí mismo. Viaja hasta Meruer y luego sube y regresa a Iunu.

— Sí... —aceptó Menes, obediente—. Aunque me gustaría saber...

— Todo cuanto hayas de saber, lo sabrás en su momento oportuno —dijo Pawah, ya en el exterior—, pero yo no soy quien ha de decidir la oportunidad de cada momento, sino el destino. Viaja al sur y aprende, Menes, aprende mucho, porque no te he elegido para convertirte en *heryheb*, sino en mi sucesor.

Menes sintió un escalofrío.

— ¿Tu... —volvió a balbucir—, tu sucesor? Pero yo no soy digno de...

— Quiero que seas mi sucesor, Menes, y sí, eres digno de ello —sentenció Pawah—. Pero aún veo en ti demasiada ingenuidad, como si no hubieras dejado de ser niño, y debes dejar de serlo. Así que no me repliques y ve a ese viaje. Visita a Bakari y ofrécele mi bendición. Pasa unos días con él, y luego embárcate hacia Abu y da inicio a la misión que te encomiendo.

Poco a poco, casi sin darse cuenta, Menes fue conducido por su maestro hacia la puerta del recinto. La arena siempre parecía más brillante, más amarilla, casi más blanca cuando la luz le daba de lleno, y hasta el azul del cielo parecía pintado de cal cuando el sol lo iluminaba con toda su fuerza, y las montañas azuleaban cada vez más claras, hasta que se fundían con el horizonte y no se distinguían del propio cielo. Menes miró entonces a su maestro, y vio su sombra alargarse en dirección al obelisco.

— Cumpliré tu voluntad —dijo, como despedida, y le mostró el saquito con el *tataat*—. Y no sé si debo esperar o no esperar tener que utilizar lo que me has dado.

— Entonces no esperes nada, y deja que la voluntad de Ra se cumpla —Pawah estrechó a Menes en sus brazos—. El mundo te espera, hijo mío, con sus luces y sus sombras —se desprendió del abrazo y le acarició la mejilla—. Descúbrelas y vuelve conmigo sano y salvo.

Menes le dirigió a Pawah una sonrisa ambigua y se inclinó ante él con reverencia. Luego le dio la espalda y se dirigió a la orilla, donde tomaría una barca para llegar a Uaset y visitar y abrazar también a su primer y verdadero padre.

Hapi se mostraba ahora como un torrente de sangre de color turquesa. Sus aguas llevaban la vida a los egipcios, pero también estaban llenas de peligros. La inundación anual teñía de verde los campos, pero a veces no era suficiente, o resultaba excesiva. La vida y la muerte navegaban a golpe del mismo remo, y los hombres y las mujeres atendían sus quehaceres sin ser conscientes de hasta qué punto eran impotentes contra los designios del destino. *Tal vez a eso se refería Pawah, pensó, tal vez eso sean las luces y las sombras de las que me ha hablado...*

Se sentía desconcertado por esta misión cuya finalidad desconocía, pero también se sabía honrado por la confianza de su segundo padre, y por ello se alejó de él con paso tranquilo. Tuvo la certeza de que el dios había decidido su regreso tal y como Pawah le había pedido que regresara, sano y salvo, y ello le imbuyó confianza para enfrentarse a lo desconocido.

Poco después montó en la barca y se dirigió al sur. Atrás, a la izquierda, cada vez más lejana, Iunu se desdibujaba en el paisaje, y el gran obelisco de su templo se mezclaba con la vegetación y desaparecía entre ella. *Regresaré, volvió a decirse. Regresaré...* Sin embargo, un pensamiento lo comenzó a atormentar súbitamente cuando doblaron el primer recodo del río. Pawah le había pedido que regresara sano y salvo, lo que quería decir que Menes debía esforzarse por conseguirlo, y, si eso era así, nada garantizaba que volviera con su maestro, ni siquiera en las mismas condiciones en que se marcharía.

Cuando el sol alcanzaba la cúspide de su poder, Menes lo contempló unos segundos, sintió su calor en el rostro y recordó la piel quemada de Akhenatón tras su busca del *akhet*. Entonces, sacudido por un repentino estremecimiento, comprendió que la certidumbre y la incertidumbre eran vástagos de la misma rama, como lo eran la luz y la oscuridad,

y como habrían de serlo el bien y el mal y todas las cosas opuestas de este mundo.

Así, mientras el sur se hacía más próximo, sentado en las tablas de la barca, Menes se preguntó por los misterios del segundo brazo de Hapi. Se preguntó por el sentido del viaje que le había encomendado Pawah, cuya mente solía serle inescrutable. Se preguntó si debía emprenderlo con el arrebató de confianza con que lo había iniciado... Y tras cerrar los ojos, para evitar que fueran dañados por el sol, se preguntó, si de verdad regresaría.